

CAPITULO XV.

Congregacion Campal.



Aquel mismo verano tuve la oportunidad de ver una congregacion campal, oportunidad que deseaba tanto tiempo habia, y de que me aproveché, aceptando la invitacion de una señora y un caballero ingleses para acompañarlos en su coche.

Reuníase la asamblea de los fieles en un descampado triste y montaraz de los confines de la Indiana, y la idea de pasar la noche en aquellos bosques solitarios nada ofrecia de placentero; pero apurando mi valentía, saqué fuerzas de flaqueza y me puse en camino, á fin de ver con mis propios ojos y oír con mis propios oídos, lo que era en realidad una congregacion campal ó «camp-meeting.» Me habian dicho que el asistir á la congregacion campal era pisar los umbrales del cielo, y verlo abierto de par en par; me habian dicho que asistir á la congregacion campal era encontrarse en el mismísimo infierno, y yo me

persuadí que en uno y otro caso debia ser curiosísima cosa y digna de las fatigas de una jornada aporreadora y de una noche desvelada.

Llegamos al terreno una hora antes de media noche; pero ¡qué escena tan pintoresca representaba el cuadro que se descubrió á nuestra vista! Abrióse á la entrada de un bosque impenetrable un espacio como de veinte acres en forma de atrio, descuajado en partes á propósito para celebrar allí la reunion. En el centro se alzaban á la redonda tiendas de todas dimensiones estrechamente unidas; á estas servia de empalizada una rueda exterior de carruages de cuantos cortes y trazas hai en toda la república, y á las zagas de ellos estaban atados los caballos que los habian arrastrado. por entre aquel triple círculo de defensa distinguimos la brillante y alegre llama de numerosas hogueras, y las luces mucho mas numerosas, que se mecian pendientes de los árboles que habian dejado sin cortar dentro del sagrado recinto. Hasta la luna acrecentaba la magestad de la perspectiva en aquel momento, que llegada á la cumbre del cielo parecia detenerse para iluminar con sus rayos el templo del desierto.

Dejamos nuestro carruage bajo la custodia de un criado, con orden de que preparara en él una cama para Mistress B. y para mí, y en-

tramos en el círculo interior. La primera vista me recordó Vauxhall (*) por el efecto de las luces, entre los árboles y la multitud bullidora que rueda debajo de ellas; mas la segunda me mostró una escena enteramente distinta de todo lo que yo habia visto. Cuatro especies de andamios altos y contruidos en guisa de altares ocupaban las cuatro esquinas del recinto; sostenian estos estantes ó pilares de tierra y lodo en que ardian brillantes teas. A un lado habian erigido una plataforma grosera como una especie de teatro para los predicadores, que en número de catorce oficiaban en la congregacion, y á intervalos mui cortos para poderse refrescar y consagrarse á sus devociones particulares, predicaban por turno dia y noche desde el martes hasta el sábado.

Cuando llegamos, descansaban los predicadores; con todo oíamos en casi todas las tiendas el ruido confuso de los que oraban, de los que predicaban, de los que cantaban, y los suspiros y sollozos de los que gemian y se lamentaban. La entrada de las tiendas estaba cubierta

(*) Jardines de Londres, donde en el verano hai espectáculos de todas especies, fuegos artificiales, bailes, etc. A pesar de ser la entrada carisima, la concurrencia es siempre inmensa; sobre todo cuando « echan moros y cristianos, » es decir cuando representan alguna victoria de las armas inglesas, por egemplo la de Waterloo.

con grandes cortinas, la incierta luz que penetraba por entre ellas y á que servia de fondo la profunda oscuridad del bosque, producia un efecto misterioso que elevaba el alma á la meditacion; y si las voces que resonaban en torno de mí hubieran sido menos discordantes, ásperas y salvages, hubiera yo encontrado un deleite en su misma confusion; sin embargo hubiera sido imposible permanecer como lo hicimos en el ángulo de una tienda, de donde salia mas que su parte de clamoreos, sin arriesgarse á perder el temple mas poético, y asi no tardó en desaparecer toda la ilusion, apoderándose del alma realidades que no pueden confundirse ni olvidarse.

Se paseaban por el centro muchas bandadas de personas que como nosotros parecian solamente espectadores; y algunos tenian tan poco miramiento ó tanta curiosidad que levantaban sin ceremonia una punta del telon, para atisbar lo que pasaba en el interior.

Asi pudimos aprovecharnos tambien nosotros de la ocasion, para ver una de las tiendas. Su suelo estaba cubierto de paja, de la cual habia una gran cantidad en garbas al rededor para servir de asientos, y en que entonces apoyaban las cabezas y los brazos varios hombres y mugeres puestos de rodillas y juntos como pájaros en sarta.



Habria como unas treinta personas colocadas de ese modo, de las cuales tal vez no se contaban seis que fueran hombres. Uno de estos, hermoso jóven de diez y ocho á veinte años, estaba arrodillado precisamente bajo la abertura misma de la cortina por donde yo miraba. Tenia el brazo echado al cuello de una muchacha que estaba de rodillas junto á él, y cuya cabellera caia descompuesta y enredada por la espalda y los hombros, aumentando la expresion de su semblante, expresion que revelaba un alma agitada con la mayor violencia. Él y ella no tardaron en arrojarse de cara sobre la paja, como si les hubiera sido imposible resistir en otra postura la elocuencia ardiente de un figuron de entierro, largo, seco y vestido de negro que plantado en pie en medio de sus ovejas, estaba declamando unas preces ingertas en homilía con su algo de conversacion. Colgábanle los brazos al reverendo como á un marionete; y aun cualquiera lo hubiese creido un autómeta mal trazado, puesto en movimiento por una fuerza superior á su resistencia y que amenazaba su ruina, tan á latigazos y con tanto trabajo salian de su boca las palabras, aunque con una velocidad irconciliable con los estorbos de su lengua. La rueda de los penitentes no cesaba un momento de llamar á Jesus recorriendo cuantos tonos

puede variar la voz humana, acompañando sus invocaciones con ayes, suspiros y con una especie de aullo sordo que daba pena escuchar. Mas apartó mi atencion del predicador y del círculo que lo rodeaba un personage solitario arrodillado á cierta distancia: era la imágen viva del Macbriar de Scott, y como él jóven, salvaje y terrible. En el fervor de la oracion habia alzado en alto los brazos, pero los estiraba tanto que se le asomaban los codo por las bocamangas; sus grandes ojos centelleaban horriblemente; gritaba sin un instante de intermision: ¡ Gloria! ¡ gloria! ¡ gloria! ¡ gloria! y con una violencia que tenia hinchadas las venas como si fueran á reventársele. Como aquel espectáculo era demasiado horrible para mirarlo mucho tiempo, nos alejamos de él estremecidos.

Dimos la vuelta por todas aquellas barracas, deteniéndonos donde excitaban particularmente la atencion algunos gritos ó rumores que anunciaban mas vehemencia que de ordinario. Procuramos escudriñar cuantas pudimos, y todas las hallamos cubiertas de paja, dándoles las figuras arrodilladas, sentadas, y tendidas que las llenaban, y los gritos espantosos y convulsivos que salian de ellas, la apariencia de jaulas de algun hospicio de locos.

Habia una tienda ocupada solo por negros:

estaban todos de gran gala y parecia exactamente que representaban una comedia. Una muger llevaba un vestido de gasa color de rosa guarnecido de galon de plata; otra estaba con un trage de seda color de canario; una ó dos descollaban por sus magníficos turbantes, y en todas relucian mas diges y ornamentos que en la tienda de un joyero. El uniforme de los hombres se reducía á pantalones blancos como la nieve y á chaquetas de lienzo de colores alegres. Uno de ellos, jóven hermosamente negro, predicaba con los gestos y contorsiones mas violentas, saltando y brincando y dándose los mas fieros torniscones que darse pudo bonzo ni santón. Si nuestras sociedades misionarias hubieran podido oír el atajo de desatinos con que se dirigia á la divinidad, quizas hubieran dudado mucho de la luz que habia adquirido su razon en la escuela del cristianismo.

A media noche se oyó en todo el campo el sonido de un cuerno, que segun nos dijeron llamaba el pueblo de Dios de la adoracion particular al culto público. En efecto por todas partes vimos agolparse la gente hácia el tablado de los predicadores. Mr. B. y yo nos colocamos en la parte inferior apoyando la espalda contra el andamio, á fin de poder observar sin peligro la escena que iba á represen-

tarse. La asamblea se componia de unas dos mil personas.

Uno de los predicadores empezó con un sermon pronunciado mas por las narices que por la boca, y como los demas metodistas, nos aseguró que no habia depravacion mas enorme que la del hombre, al salir de las manos de su Hacedor; pero que su santificacion completa era infalible, si ponía cuanto estuviera de su parte para asirse del Señor, *et cætera*.

La multitud manifestaba su admiracion exclamando sin cesar: « ¡ Amen! ¡ amen! — ¡ Jesus! — ¡ Jesus! — ¡ gracia! ¡ gracia! — ¡ gloria! ¡ gloria! » y otros gritos semejantes. Este estado debia mirarse como un estado comparativamente de calma, y como tal duró muy poco. « He aquí, dijo el orador, la noche predestinada en que lucharán los pecadores arrepentidos con el Señor: este es el tiempo señalado. Aquí estamos yo y mis hermanos para sosteneros: que los que necesiten de nuestros auxilios entren en el *redil*. »

La frase que terminó su invitacion recordaba inevitablemente los versos de Milton.

¡ Ciegas lenguas *, que apenas un cayado
 Aciertan á llevar y el arte ignoran
 Del fiel pastor amante del ganado !
 Al escuchar las rudas cantinelas ,
 Que sus almas livianas enamoran ,
 La vil zampona de mezquina paja
 Hacen tambien sonar : sus ovejuelas
 Ora miran sedientas ,
 Ora balan hambrientas ;
 Hasta que ya podrida
 Revienta al primer soplo, y se difunde
 Mortal contagio y por do quiera cunde .

El *redil* era el espacio que estaba inmediatamente bajo el tablado de los predicadores ; por lo tanto nos encontrabamos á la orilla, y podiamos ver y oir perfectamente cuanto pasaba en medio de aquel gentío.

La multitud retrocedió al oir el nombre de *redil*, y durante algunos minutos estuvo vacante el espacio que habia delante de nosotros. Los predicadores bajaron de su tablado y colocándose en el centro, empezaron á cantar un himno y á llamar á los penitentes. Mientras cantaban se volvian á todas partes, y la

(*) Es inútil justificar á Milton, ni justificarme yo : las figuras se sienten, no explican. El original dice *bocas* « *Blind mouths* ; » nuestra lengua no permite esa imágen ; yo he creido como siempre que era mejor traducir pensamientos por pensamientos que palabras por palabras. En cuanto á las manos de la lengua, allá se las avenga la poesia con la crítica. Yo veo una imágen agradable en llamar á un hombre todo lengua ; no faltará quien vea un dragon ó tal vez un cienpies.

congregacion iba formando coro aumentándose las voces por grados. Este fué el único momento en que yo apercibí alguna cosa semejante al efecto bello y solemne que me habian ponderado, al describirme el culto de los bosques. No hai duda que el concierto de voces de aquella multitud escuchado en el silencio de la noche y en el fondo de los bosques eternos, los rostros hermosos de tanta jóven levantados al cielo, y mas pálidos y lindos cuando los rayos de la luna los iluminaban, el aspecto sombrío de los ministros que oficiaban en medio del círculo, el reflejo melancólico que las teas del altar arrojaban sobre los bosques, todo formaba un cuadro majestuoso que no olvidaré fácilmente. Sin embargo antes de haber gozado bien de su hermosura, la escena cambió, convirtiéndose la sublimidad en horror y disgusto.

La exhortacion que le dió principio se asemejaba mucho á la que habia oido en la resurreccion, aunque el resultado fué muy diferente: porque en vez de las pocas mugeres histéricas que se distinguieron en aquella ocasion, salieron entonces sobre cien personas, la mayor parte mugeres, dando gemidos y sollozos tan horribles que todavía tiemblo cada vez que me acuerdo. Parecia que se arrastraban unas á otras, y á la voz de « oremós » se pusieron todas de rodillas ; aunque esta postura fué cam-

biada por otras que les dejaban mas libertad para los movimientos convulsivos de sus miembros, y no tardaron en tenderse todos en el suelo con una confusion indescribible de cabezas y piernas. Por mi parte al ver aquellos meneos de cuerpo, aquel manotear y dar patadas, aquel revolverse como si nadaran, temia á cada instante que ocurriese algun accidente grave.

Mas ¿ cómo describiré los sonidos, gritos, voces, alaridos, suspiros y sollozos que salian de semejante empanada de seres humanos? Confieso que no conozco palabras capaces de pintar tales escenas. Por todas partes se oian ayes histéricos, gemidos convulsivos, chillidos y lamentos. Yo me sentí mala de horror. Con todo aun no estaban contentos con tanta barahunda, y para aumentar su ronca y exaltada algazara, empezaron á dar palmadas violentamente. Mis ojos veian una de las escenas del Infierno del Dante.

« Quivi, sospiri, pianti. ed alti guai
Risonavan per l'aere.
. Orribili favelle
Parole di dolore, accenti d'ira
Voci alti e fioche, e suon di man con elle. »

Muchas de aquellas infelices criaturas eran jóvenes preciosas. Los predicadores pasaban por entre ellas excitando y consolando sus

congojas. Yo oí misteriosos « ¡ Hermana ! ¡ cara hermana ! » Yo ví labios insidiosos acercarse á las megillas de las pobrecitas muchachas; yo escuché las confesiones ahogadas de las infelices víctimas, y sorprendí á sus verdugos dándoles al oido consuelos que teñian de púrpura sus rostros amarillos. Si yo hubiera sido un hombre, estoi segura que hubiese hecho una calaverada, interviniendo en tanto escándalo; ni creo que hubiera pasado cosa semejante en presencia de Ingleses sin que inmediatamente hubiera sido castigada la hipócrita temeridad de sus autores, por no hablar de la disciplina saludable de la noria, que sin disputa alguna se emplearia en Inglaterra para prevenir tan turbulentos como viciosos abusos.

Pasada la primera furia que siguió á la genuflexion, los suspiros se convirtieron á menudo en voces altas y perceptibles, que me produjeron una vibracion extraña con parte de efecto trágico y de sentimiento cómico.

Una muchacha lindísima que estaba arrodillada como la Magdalena de Canova casi á nuestros pies, terminó su gerigonza incomprehensible exclamando : « Ay ! ¡ ay de los que resbalan ! ¡ escúchalo, escúchalo, Jesus ! yo tenia quince años cuando murió mi madre, y resbalé, sí, ¡ Jesus mio ! resbalé. ¡ Llévame á tu

casa con mi madre, ¡Jesus! llévame á tu casa con ella que estoi cansada! « ¡O Juan Miguel, Juan Miguel!» y despues de haber gemido cubriéndose el rostro con sus manos, levantó de nuevo la cabeza pálida como una muerta, y dijo: « ¿Me sentaré yo en el banco de la salvacion con mi madre? con mi madre querida, madre mia? ¡O Jesus! llévame á tu morada, llévame á tu morada.»

¿Quién hubiera negado una lágrima al ver el ahinco con que una jóven tan amable demandaba la muerte? pero antes de dejar el sitio, la ví con su mano asida estrechamente y la cabeza sostenida por un hombre, á quién debia parecerse Don Juan, cuando lo echaron del infierno por demasiado malo.

Una muger estuvo llamando al Señor, como ellos dicen, con los gritos mas terribles, y sin cerrar un instante la boca durante las dos horas que tuvimos el capricho de permanecer en aquel potro. Al fin se puso tan ronca y tan colorada que yo creí que iba á rompérsele una vena. En medio de su tarabilla le oimos decir: «Yo me agarraré firme á Jesus, y nunca lo soltaré; si me llevan al infierno, me agarraré á él firme, firme, firme.»

El ruido tempestuoso de la asamblea solia variar con el canto de los predicadores, pero los movimientos convulsivos de los pobres ma-

nacos eran entonces mas violentos. Por último subió á tal grado de grosería la atroz maldad de aquella horrible escena que nos fué imposible presenciarla mas tiempo. Volvimos pues á nuestro carruage sobre las tres de la mañana y pasamos lo restante de la noche escuchando el tumulto del redil, que de momento en momento crecia con mayor violencia. Fué imposible dormir. Al romper el dia volvió á sonar el cuerno para que se retirasen los fieles á su devocion particular; y como una hora despues notamos en el campo que toda la asamblea se ocupaba alegremente y con las mejores disposiciones en preparar ó devorar un almuerzo esencialmente nutritivo, como si hubiera pasado la noche en un baile; noté muchos semblantes hermosos aunque descoloridos que reconocí, y entre otras el de una demoniaca de la noche pasada que se reia como una loca junto á un pastor, á quien administraba con el mayor cariño café caliente y huevos. El santo predicador y la pecadora de los aullidos saboreaban al parecer tan dulce modo de reparar sus fuerzas.

Habiendo tomado con abundancia té bastante cargado, que me probó como un delicioso confortante despues de una velada tan extraña, me interné sola en el bosque, y creo

que nunca me ha parecido mas halagüeña la perfecta tranquilidad del desierto.

Poco despues nos retiramos, pero antes de partir supimos que los predicadores habian reunido una colecta *satisfactoria* para biblias, egemplos y *demas propósitos religiosos*.



CAPITULO XVI.

Peligro de las excursiones campestres.—Enfermedad.



No es fácil disfrutar de las bellezas de la perspectiva de América en los climas occidentales, aun cuando se viva en medio de los paisajes que mas ofrecen que admirar; por lo menos, al abandonarse á la curiosidad se arriesga mucho la salud. Excepto el exponerse al relente por la noche, nada es mas perjudicial que exponerse al calor del mediodia, y los momentos de *entre-luz* son tan cortos, que saliendo para cualquiera parte cuando comienza á refrescar, apenas se puede andar media milla antes que el sol se ponga, y la prudencia aconseja el retirarse mas que de priesa para no cojer un *frio*.

Me se figura que nosotros arrostramos esos peligros mas que los habitantes del pais, y si no lo hubieramos hecho asi, hubieramos salido de Los-Cincinnatios sin ver sus alrededores.

Aunque nos mantuvimos siempre firmes en